



Clase media ¿ganadora o perdedora en un mundo globalizado?

Nancy Birdsall

INVESTIGADORA PRINCIPAL
Y PRESIDENTA EMÉRITA DEL CENTRO
PARA EL DESARROLLO GLOBAL
(WASHINGTON).

La globalización es objeto de ataques en Occidente. El debate entre los expertos ya no versa sobre si la globalización es o no culpable de lo que ocurre. Versa sobre por qué se ha convertido en un fenómeno demonizado.

¿Nace la resistencia a la globalización de las pérdidas económicas que padecen los antaño seguros ciudadanos de clase media en las democracias de estilo occidental y del miedo a las pérdidas futuras que podrían sufrir ellos y sus hijos? ¿Ha crecido la antiglobalización porque el crecimiento comercial ha dado lugar a la competencia económica de China, lo cual ha reducido los elevados salarios industriales y llevado a

que más inmigrantes desempeñen oficios propios de la clase trabajadora, en la construcción y en los servicios? ¿O es el movimiento antiglobalización

(el “Estados Unidos primero” de Trump) un subproducto de lo que en Estados Unidos llamamos las *guerras culturales*? ¿Surge el auge del proteccionismo y la xenofobia antiinmigrante y nacionalista de un resentimiento no expresado ante una nueva élite cosmopolita: hombres de Davos, banqueros, abogados, expertos, incluso figuras del mundo académico, cuyas redes y actitudes globalistas alejan las sociedades occidentales de las lealtades con los usos y valores nacionalistas, éticos y religiosos tradicionales?

Por supuesto, lo que ocurre (como estará pensando mi amable lector) es una mezcla de las dos cosas. Sin embargo, un denominador común son los cambios, para peor, en la situación social y económica de la clase media occidental.

En las últimas tres décadas, la apertura y la integración de los mercados (ese fenómeno que laxamente llamamos *globalización*) ha tenido efectos opuestos en la psi-

El debate entre los expertos ya no versa sobre si la globalización es o no culpable de lo que ocurre. Versa sobre por qué se ha convertido en un fenómeno demonizado

El mayor crecimiento de la clase media se produjo (y se sigue produciendo) en las zonas urbanas de China. De un 0,3 de la población urbana en 1990 (1 millón de personas) a un 35% en 2015 (220 millones)

que de la clase media de los países ricos y de los países en desarrollo. La apertura de los mercados ha auspiciado e inspirado a partir de 1990 aproximadamente a una nueva y pequeña pero creciente e innovadora clase media en el mundo en desarrollo; una clase relativamente pobre en comparación con la de Occidente, pero que goza de la seguridad material y la sensación de buenas perspectivas para sus hijos asociadas con la idea de la clase media occidental de la posguerra. En ese mismo período, la amplia (y todavía mucho más rica) clase media occidental ha disminuido en tamaño, y el estado de ánimo que prevalece entre muchos de sus miembros es de ansiedad y pesimismo ante sus perspectivas futuras, incluidas las de sus hijos. No ayuda que su nivel social también se haya visto reducido en su propio país, al tiempo que ha aparecido una nueva *élite* adinerada con conexiones globales y actitudes *globalistas*.

Opuestas clases medias: ganancias en el mundo en desarrollo, pérdidas en Occidente

En las economías maduras del mundo occidental, la clase media, considerada desde Aristóteles hasta Alexis de Tocqueville como el bastión del gobierno democrático, ha ido perdiendo terreno y cada vez recibe una porción menor del crecimiento de los ingresos totales. Entre 1991 y 2010, según informa el Centro de Investigación Pew en un estudio publicado a finales del pasado mes de abril,¹ el tamaño de la clase media (definida como los hogares con ingresos entre los dos tercios y el doble de la media de los ingresos de los hogares en cada país) descendieron en Estados Unidos, Alemania, Italia, Noruega, Dinamarca y España (aunque no en el Reino Unido y Francia).

Esa situación no se puede atribuir por completo a la apertura de los mercados del mundo en desarrollo, aunque no es del todo una coincidencia. En el mundo en desarrollo (y en particular en

China), hay en auge una nueva clase media desde la caída del muro de Berlín y la aceptación casi universal de los mercados abiertos tras la guerra fría; se trata de una clase media que no deja de crecer y de hacerse con una porción cada vez mayor de los ingresos totales en sus respectivos países.

En 1990, la clase media del mundo en desarrollo (definida con un ingreso estándar absoluto de al menos 10 dólares diarios por persona, o un ingreso anual por hogar de unos 14.000 dólares en el caso de una familia de cuatro miembros)² era muy reducida. Unos 14.000 dólares al año están muy por debajo del promedio estadounidense de ingresos por hogar, situado en el 2010 en 50.000 dólares, aunque sigue estando muy por encima de los ingresos medios en la mayoría de los países en desarrollo. Por ello la *clase media* en los países pobres no se corresponde con los *ingresos medios* en sus países, sino que posee características asociadas con la clase media del mundo rico (como trabajos estables remunerados y al menos un nivel educativo de secundaria). En China, India y África subsahariana, la clase media de los 10 dólares diarios representaba menos de un 2% de la población en 1990 y es probable que estuviera formada sobre todo por funcionarios. La mayoría de los habitantes de Asia y África eran todavía extremadamente pobres o a duras penas conseguían malvivir.

Entonces el crecimiento arraigó en todo el mundo en desarrollo y se aceleró durante la primera década de este siglo a medida que esos países se *globalizaron*, abrieron sus mercados al comercio y el capital extranjero y se beneficiaron de unas tasas de interés mundiales bajas y un auge de la demanda mundial de productos básicos. Entre 1990 y 2015, según mis cálculos, unos 900 millones de personas entraron en la clase media de los 10 dólares diarios (y otros mil millones más escaparon de la extrema pobreza de los 2 dólares diarios o menos según la definición del umbral internacional del Banco Mundial).

El crecimiento más extraordinario de la clase media se produjo (y se sigue produciendo) en las zonas urbanas de China. En 1990, la clase media de los 10 dólares diarios representaba un 0,3% estimado de la población urbana china, algo así como un millón de personas. En el 2010, en una población urbana china mucho mayor, creció hasta un 35%, unos 220 millones de personas. En el 2015, se esti-

1. Rakesh Kochnar, "Middle Class Fortunes in Western Europe", Pew Research Center, 24 abril 2017. Disponible en www.pewglobal.org/2017/04/24/middle-class-fortunes-in-western-europe.

2. Nancy Birdsall, "Middle-Class Heroes: The Best Guarantee of Good", Center for Global Development, 2016. Disponible en www.cgdev.org/publication/ft/middle-class-heroes-best-guarantee-good-governance.

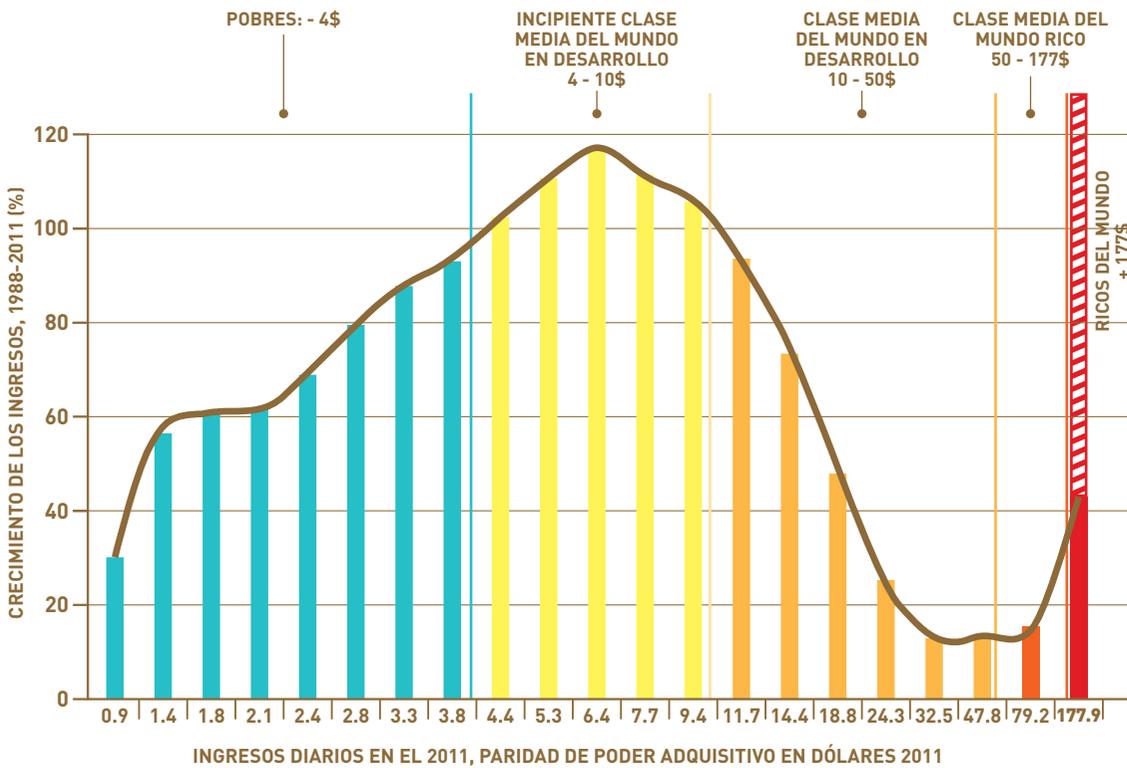
ma que la cifra es de 340 millones. Pasar de uno a 340 millones de personas supone un cambio espectacular; y, dado que China constituye una gran economía con una porción tan grande de la población mundial, sólo ese cambio (sin tener en cuenta el crecimiento de la clase media en Brasil, México, Turquía y decenas de otras economías de mercado emergentes) ha supuesto una remodelación de los contornos del mercado de trabajo global.

El siguiente gráfico (la “curva del elefante” del economista Branko Milanovic, modificada para mostrar el ingreso diario absoluto en el eje horizontal)³ refleja muy bien, al menos en términos de ingresos, la historia del declive y el desaliento de la clase media en Occidente y el auge de la clase media en el mundo en desarrollo.

El gráfico muestra los aumentos porcentuales en los ingresos por grupos de la población mundial entre 1988 y el 2011, con los grupos de

Casi la mitad de la población mundial, con ingresos de menos de 1 a 4 dólares (en azul), se cuentan como pobres utilizando los umbrales de pobreza de sus propios países de unos cuatro dólares al día, y viven casi por completo en el mundo en desarrollo. Otro 40% aproximadamente de la población mundial, con ingresos entre 4 dólares y 50 dólares diarios (en amarillo claro y oscuro), está formado por una clase media “incipiente” (por debajo de 10 dólares diarios) o ya asentada; salvo una pequeña parte de ese grupo que vive en los países ricos, ésta es la “nueva” clase media del mundo en desarrollo. Juntos, esos grupos constituyen el gran lomo del elefante. Una clase media del “mundo rico” mucho más pequeña, etiquetada así porque la población relevante vive sobre todo en los países ricos, tiene unos ingresos situados entre 50 y unos 200 dólares (en anaranjado, la cabeza del elefante). Por último, un diminuto grupo de los

GRÁFICO 1
‘CURVA DEL ELEFANTE’ DE MILANOVIC
CRECIMIENTO DE INGRESOS GLOBALES POR VEINTIL DE INGRESOS, 1988-2011



ingresos de pobres a ricos dispuestos de tal modo que representen la proporción de cada grupo en los ingresos globales totales a lo largo del período.

“ricos del mundo” (en rojo, la trompa) ocupa la parte situada más a la derecha del gráfico.

El gráfico ilustra que las clases medias del mundo en desarrollo (el ancho lomo amarillo claro y oscuro del elefante) han sido las grandes ganadoras de los mercados abiertos y globalizados, puesto que han crecido en tamaño (como en el ejemplo

3. Branko Milanovic, *Global Inequality. A New Approach for the Age of Globalization*. Acmbriage (MA), Harvard University Press, 2016.

mencionado de los más de 300 millones de chinos) y han experimentado aumentos de los ingresos (muchos han dejado atrás la pobreza y han entrado en la clase media) de entre un 20% y más de un 100% por término medio a lo largo de veinte años.

En cambio, sus homólogos en la clase media del mundo rico (en anaranjado) han tenido por término medio aumentos de ingresos reales a lo largo de esos veinte años inferiores a un 20%, o de apenas un 1% anual. En esas dos décadas, la clase media se ha ido vaciando en muchas economías occidentales; en Estados Unidos, se ha contraído como proporción de la población desde un 62% hasta un 59%. En términos relativos, la clase media del mundo rico (en anaranjado) parece atrapada en la parte baja de la trompa del elefante.

Para el mundo en desarrollo la globalización ha sido un éxito. Los mercados abiertos han alimentado un crecimiento económico que ha sacado a mil millones de personas de la extrema pobreza y ha creado una nueva clase media. El crecimiento también ha marcado el inicio de un notable periodo de mortalidad reducida, mayor acceso a la educación, gobernanza mejorada e incluso (según ha parecido durante cierto tiempo) democracia.

La globalización ha sido un éxito para el mundo en desarrollo. Los mercados abiertos han alimentado un crecimiento que ha sacado a mil millones de personas de la extrema pobreza y ha creado una nueva clase media.

En resumen, tras el amplio lomo del elefante hay un rápido crecimiento económico en el mundo en desarrollo; un crecimiento sostenido a lo largo de dos décadas y según unos ritmos superiores al crecimiento económico de las economías occidentales maduras. Los mercados abiertos y el crecimiento han contribuido a aumentar el tamaño de la clase media de los 10 dólares diarios no sólo en China, también en Brasil, México, Turquía y

en gran parte de Europa central y oriental; y, según mis cálculos, ha incrementado la proporción de la clase media en esos países desde en torno a un 35% en 1990 hasta un 65% en el 2015.⁴ Aprovechando tecnologías y procesos empresariales perfeccionados en el mundo rico, los ingresos medios de los países en desarrollo (durante la mayor parte del siglo XX cada vez más atrasados del crecimiento más rápido de los países ricos) están logrando reducir por fin la distancia con el mundo rico en un proceso que los economistas llaman *convergencia de ingresos* y consideran el orden natural de las cosas.

En Europa occidental y Estados Unidos, el crecimiento económico ha sido más lento, sin que ello constituya sorpresa alguna ya que es un fenómeno típico de las economías maduras. En Occidente, la globalización no está asociada a un crecimiento más rápido y a mejores perspectivas, sino a menos empleos de clase media y salarios bajos, sobre todo en el sector industrial. Al fin y al cabo, el comercio con China ha significado la integración de su inmensa fuerza laboral con bajos salarios en lo que se ha convertido en un mercado de trabajo global. Es cierto que el cambio tecnológico (y de modo evidente la automatización) ha tenido una parte de responsabilidad –y es probable que no desdeñable– en la pérdida de empleos en el mundo rico. Sin embargo, la globalización puede estar implicada en ese cambio en la medida en que el comercio y la inversión extranjera han acelerado la expansión de las nuevas tecnologías y el *know-how* asociado a los países en desarrollo y con ello la creciente capacidad de esos países a la hora de competir en la producción y exportación de productos manufacturados cada vez más sofisticados.

La nueva élite 'globalista' del mundo rico

Agravando la resistencia a la globalización en las democracias maduras, esta ha sido asociada con una creciente concentración de los ingresos y la riqueza en las franjas superiores de la población y con la pérdida relativa de posición e influencia política de la antigua clase media frente a la nueva élite profesional y empresarial: en Estados Unidos, ese 1% que en el 2014 obtuvo un 20% de los ingresos (y, según algunos cálculos, poseía más de un 40% de la riqueza). El resultado: una brecha inmensa y probablemente sin precedentes (no disponemos de datos tan precisos para la *edad dorada* de principios del siglo XX) entre los ricos y la clase media; en especial, en Estados Unidos y el Reino Unido, pero, en realidad, también en las más igualitarias sociedades de Alemania y los países nórdicos.

La brecha entre los ricos (la elevada pero delgada trompa del elefante) y la clase media (su parte inferior) ha sido cuantificada y clarificada en el análisis pionero de los datos fiscales de Estados Unidos, el Reino Unido y otras economías ricas realizado por el economista francés Thomas Piketty y sus colegas (y que fue la base para la obra de Piketty *El capital en el siglo XXI*, éxito de ventas en el 2014). En Estados Unidos, en el 2015, el 10% más rico en términos de ingresos de los hogares se hizo con más de un 50% de todos los ingresos; y el 1% superior se hizo con casi la mitad de esa parte, un

4. Nancy Birdsall, *op. cit.*

22% de todos los ingresos. Se trató, para ese 1% superior, del mayor nivel registrado en los cien años transcurridos desde la *edad dorada* hasta el 2013, cuando el gobierno estadounidense estableció un cambio en el impuesto sobre la renta. El 90% restante de los hogares disfrutó de cierto crecimiento de los ingresos, pero siguieron siendo en el 2015 más pobres que en el momento del estallido de la crisis financiera del 2008-2009.

El economista de Cornell Robert Frank sostiene que el crecimiento en riqueza e ingresos de la franja superior ha perjudicado a los hogares de clase media y trabajadora en modo que es difícil percibir sólo a través de las diferencias de ingresos.⁵ Los nuevos ricos, por ejemplo, impulsan hacia arriba los tamaños y los precios de las casas en los nuevos barrios, con lo que convierten a los residentes de clase media en *pobres* puesto que tienen que dedicar una mayor proporción de sus ingresos a vivir en barrios con buenas escuelas públicas. Los economistas de Princeton Anne Case y Angus Deaton han documentado en Estados Unidos el incremento de mortalidad y morbilidad entre los varones blancos cuya pérdida de ingresos seguros y posición social está asociada con la adicción al alcohol y los opiáceos en modos no diferentes al auge de la mortandad masculina en Rusia tras el derrumbe de su economía planificada como consecuencia de la disolución de la Unión Soviética.⁶ Y Carol Graham de la Institución Brookings ha registrado en Estados Unidos una gran brecha en la idea de que el trabajo duro hace que uno salga adelante y que uno sea optimista ante el futuro (como en el sueño estadounidense) entre los quintiles medio y superior de la distribución de los ingresos, una brecha que en Estados Unidos es mayor que en los países latinoamericanos estudiados, donde la *mitad* de la distribución es mucho más pobre por término medio.⁷

El Brexit, Trump y el auge de la derecha populista en Europa (aunque esa derecha pierda, como ha ocurrido en Francia, consigue captar una gran proporción de votos) tienen que ver tanto con la ansiedad y la inseguridad como con unas realidades económicas inmediatas. Incluso la clase media alta más acomodada está inquieta y preocupada en Occidente por el futuro de sus hijos. Al fin y al cabo, la globalización definida en términos amplios no sólo ha significado la creación de una élite *davosense* sin control alguno, sino una expansión más rápida de las nuevas tecnologías. Los robots y el auge de economía de los trabajadores autónomos no sólo se están comiendo los empleos industriales sino los seguros trabajos asalariados en oficinas y

establecimientos minoristas que constituyeron el fundamento de la prosperidad de la clase media occidental de la posguerra.

Además, están las secuelas de la crisis financiera, que todavía duran. En Estados Unidos, los pasos dados por el Gobierno federal para rescatar la economía del pánico y el colapso financieros incluyeron *salvar* a los bancos y, de modo más problemático, salvar a los banqueros; pero se hizo bien poco o nada en favor de los sobreendeudados acreedores hipotecarios de la clase media. También en Europa, a medida que se desarrollaba la crisis de la eurozona, hubo un rescate (al menos aparentemente) de los banqueros franceses, alemanes y estadounidenses, mientras que salieron perdiendo los contribuyentes alemanes y los pensionistas griegos.

La cultura ha seguido a la economía

¿Qué hay detrás de la nueva cultura antiglobalista reflejada en el Brexit, el auge de los partidos populistas de derechas en Europa, la elección de Donald Trump en Estados Unidos? Los cambios estructurales en los contornos de una economía globalmente integrada han sido sin duda importantes. Aunque la mayoría de los partidarios de la derecha populista sólo sean conscientes de un modo vago de la existencia de una nueva clase media en China y México y no tengan a mano las estadísticas sobre el 1% más rico de sus países, captan de modo correcto que esos fenómenos tienen que ver con algo difusamente definido como *globalización* y con el aprovechamiento de sus beneficios por parte de una élite globalista y sus expertos profesionales de ideas afines.

Es una lástima. La globalización está aquí para quedarse, y es mucho lo que se puede hacer en las democracias occidentales para garantizar un mejor reparto de sus beneficios. La historia y los cambios postelectorales en Estados Unidos indican que la derecha populista no es la respuesta; la respuesta es el conjunto de políticas económicas y sociales que volverán a restaurar el tamaño y la parte proporcional de la clase media tradicional en los ingresos, tanto en términos nacionales como internacionales. Pero eso es otro artículo.

Incluso la clase media alta más acomodada está inquieta en Occidente por el futuro de sus hijos. La globalización también implica una expansión más rápida de las nuevas tecnologías y los robots y un auge del trabajo precario

5. Wikipedia, "Positional good". Disponible en https://en.wikipedia.org/wiki/Positional_good.

6. Anne Case y Angus Deaton, "Rising morbidity and mortality in midlife among white non-Hispanic Americans in the 21st century", *PNAS*, 112:49 (2015), 15078-15083. Disponible en www.pnas.org/content/112/49/15078.full.

7. Carol Graham, *Happiness for All? Unequal Hopes and Lives in Pursuit of the American Dream*. Princeton (NJ), Princeton University Press, 2017.